

—Me debéis ciento ochenta rublos y ciento cincuenta partidas. Yo me voy á cenar.

Solté el taco y salí, sentándome en una mesita que había delante de la puerta para ver lo que haría. Creyendo, sin duda, que nadie le veía, se paseaba febrilmente; de pronto se detuvo y murmurando no sé qué se tiró de los cabellos. Después de esto, estuvo sin venir por espacio de ocho días. Vino una vez al comedor, estaba muy cabizbajo y no entró en la sala de billar. El príncipe le vió.

—Vamos á jugar?—le dijo.

—Yo no jugaré más.

—Que tontería!... Vamos.

—No, no iré. Para tí no hay ningún interés en que vaya, y para mí es muy expuesto.



#### IV

DESPUÉS, por espacio de diez días no pareció por allí. Una vez, durante las fiestas, vino vestido de frac; véfase que venía de una visita y se quedó todo el día, el cual se pasó jugando. Volvió al otro día, y al otro... Todo seguía como antes; yo quise jugar otra vez con él.

—No,—me dijo.—No jugaré más contigo, y en cuanto á los ciento ochenta rublos que te debo... ven dentro de un mes á mi casa y te los daré.

Un mes después fuí á su casa.

—Te juro que no tengo dinero,—me dijo.—Pero ven el jueves. Fuí el jueves. Tenía unas habitaciones magníficas.

—Está en casa?—pregunté.

—Está aun en la cama,—me contestaron.

—Bueno, esperaré.

El criado era uno de los campesinos de sus tierras, un viejo pequeño, simple, sin conocer ninguna clase de trato mundano. Empezamos á hablar...

—Por qué,—dijo,—vinimos aquí con mi señor! Aquí vivimos muriendo y en este Petersburgo no hay para nosotros ni honra ni provecho. Al venir del campo, por el camino, pensábamos: Estará como en tiempos de nuestro antiguo señor, que en el cielo more! Nos visitaremos con los príncipes, los condes, los generales, es-

cogeremos una condesa con una buena dote y viviremos como debe hacerlo un caballero; pero en realidad no hemos hecho más que visitar los restaurantes. Esto va del todo mal! La princesa Rhistchera es nuestra tía, el príncipe Borontintzer, nuestro padrino. Y qué? Ha ido una sola vez por Navidad, después no ha vuelto... Los criados se burlan ya.

—Qué?—me dicen.—Vuestro señor no es como su padre?

Una vez le dije:

—Señor, por qué no vais á ver á vuestra tía? Está contrariada por no veros hace tanto tiempo...

—Es muy triste su casa, Denmanitch,—me dijo.—No se halla bien sino en la taberna. Si al menos entrara al servicio militar... no se ocupa más que de las cartas... los demás asuntos los deja abandonados... Eh! eh! así pereceremos por cualquier cosa! La señora,—que en cielo esté,—nos dejó un dominio muy rico; más de mil siervos y bosques por más de trescientos mil. Ahora lo ha empeñado ya todo, ha vendido el bosque y ha arruinado el dominio... de todas maneras ya no tiene nada. Ya se sabe que no estando el amo, el gerente manda más que su señor. No mira más que llenar su bolsillo y que se pierda todo. No hace mucho vinieron dos campesinos que traían las quejas de todo el dominio. «Lo ha arruinado todo», decían. Y él... oyó las quejas y les dió diez rublos á cada uno, diciendo: Muy pronto iré yo mismo, recibiré dinero, pagaré las deudas y me iré. Cómo podíamos pagar si constantemente hacíamos nuevas deudas? Poco más, poco menos, hemos gastado este invierno cerca de 80.000 rublos, y ahora no hay ni uno en casa. Y esto siempre por culpa de su bondad; es un señor sencillo y bueno, como no se puede decir. Precisamente se pierde por eso... por nada.

El viejo casi lloraba.

Nekhludov se despertó á las once y me mandó llamar.

—No me han mandado dinero,—dijo.—Pero yo no tengo la culpa. Cierra la puerta.

Después de cumplir su mandato me dijo:

—Mira, toma el reloj ó el alfiler de diamantes y empéalos, te darán más de ciento ochenta rublos, y cuando reciba el dinero los podré recuperar.

—No, señor,—dijo.—Si no tenéis dinero no hacemos nada. Dadme sólo el reloj; por vos únicamente lo puedo hacer,—pues ví que el reloj valía lo menos trescientos rublos.

Empeñé el reloj por cien rublos y le llevé la papeleta.

—Ochenta quedan pendientes, y el reloj vos mismo lo rescatareis,—dije.—Y ahora me debéis ochenta rublos.

Después de esto, empezó á venir de nuevo todos los días. No sé qué cuentas tenían entre sí, pero venía todos los días con el príncipe y se iba con Fedotka á jugar arriba. Se llevaban unas cuentas muy raras. El uno daba al otro, éste al tercero, pero quien debía al otro es cosa que no podía entenderlo.

Vinieron casi todos los días, por espacio de dos años; pero había ya cambiado de aspecto; se había despabilado mucho, á veces me pedía prestado un rublo para pagar al cochero y con el príncipe jugaban á cien rublos la partida. Se había puesto amarillo, delgado, estaba siempre triste; tan pronto como llegaba se hacía servir un vaso de absenta, se comía *un canapé* con el tenedor, bebía vino Porto... y así se iba poniendo más alegre. Un día llegó antes de comer, era durante el carnaval, y se puso á jugar con un húsar.

—Queréis jugar una partida de interés?—le dijo.

—Cómo queráis,—respondió el otro.

—Qué jugaremos?

—Una botella de Clos-Vougeot, queréis?

—Bueno.

El húsar ganó y se fueron á comer; se sentaron en la mesa y Nekhludov dijo:

—Simón, una botella de Clos-Vougeot y ten cuidado que esté bien caliente.

Simón salió y trajo los platos, pero no la botella.

—Y el vino?—preguntó.

Simón salió y trajo el asado.

—Trae el vino,—gritó.

Simón se calló.

—Pero, te has vuelto loco? La comida se está acabando y aun no has traído el vino. Quién es el que bebe vino á los postres?

Simón se fué.

—El patrón os llama,—dijo.

Nekhludov se ruborizó y se levantó de la mesa.

—Qué es lo que quiere?

El patrón estaba cerca de la puerta.

—No puedo servirlos durante más tiempo si no me pagáis la nota...

—Pero ya he dicho que os pagaré en los primeros días del mes.

—Como queráis,—dijo el patrón;—pero yo no puedo hacerlos

crédito indefinido... para no cobrar nunca. Con ese sistema voy perdiendo muchos miles.

—Pero, *querido*, á mí se me puede fiar,—dijo.—Mandad la botella y yo trataré de pagaros lo antes posible,—é inmediatamente entró en el comedor.

—Por qué os han llamado?—le preguntó el húsar.

—Por nada, para hacerme una pequeña pregunta.

—Ahora,—dijo el húsar,—vendría muy bien bebernos un vaso de vino caliente.

—Simón!... Qué hacemos?

Simón salió y no trajo el vino. Eso no estaba bien...

Se levantó de la mesa y se vino hacia mí.

—Petruçhka, por Dios te pido que me des seis rublos.

En aquel momento, toda expresión de vida se había borrado por completo de su rostro.

—Os juro que no los tengo, y además ya me debéis muchos...

—La semana próxima te daré cuarenta rublos á cuenta de estos seis,—dijo.

—Si los tuviera,—dije,—no osaría negároslos, pero os juro que no los tengo.

Qué le pasó entonces?... Dió un gran salto, rechinó los dientes, apretó los puños, corrió como un loco por el pasillo y de pronto se golpeó la frente.

—Ah! Dios mío!—exclamaba.—Qué es esto?

Ni siquiera entró en el comedor; metióse en el coche y se fué.

Ah! cuánto se rieron de él!

El húsar preguntó:

—Dónde está el caballero que comía conmigo?

—Se ha ido.

—Cómo, se ha ido? Qué órdenes ha dado?

—Ninguna. Se ha metido en el coche y se ha marchado.

—Valiente pillo!—dijo el húsar.



## V

VAYA! pensé, después de esta ofensa hecha á su honor no vendrá en muchos días. Pero no; al día siguiente por la noche vino otra vez. Pasó á la sala de billar, llevando en la mano una pequeña caja.

Al entrar quitóse el abrigo.

—Vamos á jugar,—dijo con aire furioso y mirada muy sombría.

Jugamos una partida.

—Basta!—dijo.—Tráeme papel y pluma, pues tengo que escribir una carta.

Sin pensar en nada le llevé el papel y se lo puse encima de la mesa de la salita contigua.

—Allí lo tenéis,—dije.

Se fué á la mesa, se sentó y empezó á escribir, y mientras escribía murmuraba palabras ininteligibles; después se levantó con aire sombrío y me dijo:

—Ve á mirar si el coche ha llegado.

Era el viernes de carnaval y no había ningún cliente, por estar todos en el baile; fui á mirarlo, pero apenas llegué á la puerta, le oí gritar como si se hubiera espantado de algo:

—Petruçhka! Petruçhka!

Me volví y... estaba mirándome, de pie, blanco como la nieve.

—Me habéis llamado?—le dije.

No me contestó.

—Qué queréis?

Guardó el mismo silencio.

—Ah! Sí, juguemos otra partida, —y ésta la ganó.

—Cómo!—dije.—Habéis aprendido á jugar?

—Es verdad. Ahora... vuelve á ver si ha llegado el coche.

Y continuaba paseándose por la sala.

Sin pensar tampoco en nada salí á la puerta, miré y al ver que no había ningún coche me volví.

De pronto oí un ruido como si alguien hubiese dado un gran golpe con el taco: entré en la sala de billar, en la cual noté enseñada un olor extraño.

Miré y ví á Nekhludov en el suelo bañado en sangre; á su lado había una pistola. Estaba tan espantado que no pude decir una palabra. El pobre agitaba las piernas y se encogía todo... era el estertor de la agonía, después se estiró horrorosamente y quedó tieso.

Por qué ha cometido este horrendo pecado? Por qué ha perdido para siempre su alma? Dios lo sabe! No ha dejado más que este papel que no me ha sido posible entender. Verdaderamente, pasan unas cosas en este mundo!

«Dios me ha dado todo lo que puede desear el hombre: riqueza, nombre, talento, elevadas aspiraciones. He querido gozar, gozar mucho, y he pisoteado y hundido en el fango todo lo bueno que había en mí sér.

»Ni estoy deshonrado ni soy desgraciado; no he cometido ningún crimen; pero he hecho algo peor: he matado mis sentimientos, mi espíritu, mi juventud.

»Estoy envuelto en una red fangosa, de la que no puedo salir y á la cual no puedo tampoco acostumbrarme. Me siento caer y caigo sin cesar, me doy cuenta de la caída y no puedo pararme».

«Qué es lo que ha causado mi perdición?

»Sentía en mí alguna honda pasión que me excusara? No.

»Qué recuerdos los míos!

»Un horrible momento de extravío, que no olvidaré jamás, me hizo volver en mí. Quedé espantado al ver el abismo infranqueable que me separaba de lo que yo quería ser, sin poderlo ser. Las

esperanzas, los sueños y las ilusiones de mi juventud, aparecieron entonces todas ante mi imaginación.

»Dónde están ya aquellas ideas sobre la vida, sobre la eternidad, sobre Dios, que con tanta claridad y tanta fuerza llenaban mi alma? Dónde está la fuerza del amor verdadero que, con su dulce calor, templaba mi corazón?...»

«Ah! qué feliz y que bueno hubiera podido ser, si hubiese seguido el camino que á mi entrada en la vida me señalaba mi espíritu y mis sentimientos juveniles y sinceros! He intentado infinidad de veces volver al camino recto, huir del círculo en donde se revolcaba mi vida; empleé en ello toda mi voluntad y no pude. Cuando estaba solo, sentía vergüenza y espanto de mí mismo; cuando estaba con los demás ya no oía aquella voz interior y caía cada vez más hondo.

»En fin, he llegado á esa horrible convicción de que ya no puedo levantarme; cesaba de pensar, lo quería olvidar todo, pero el remordimiento sin esperanza me turbaba cada vez más; entonces, por la vez primera, me vino la idea del suicidio».

«Yo creí alguna vez que la proximidad de la muerte elevaría mi alma; pero me he equivocado. Dentro de un cuarto de hora ya no existiré y mis opiniones son las mismas... Veo, espero y pienso en lo mismo... La misma extraña inconsecuencia, la misma insana excitación, la misma ligereza de pensamientos...»